

EL "DISCURSO DE LOS TOREROS"
DE JOAQUÍN ROMERO MURUBE
(HOMENAJE DE LA REVISTA DE ESTUDIOS TAURINOS
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO, 1904-2004)



Jacobo Cortines¹



Joquín Romero Murube no fue lo que se dice un aficionado que asistiera regularmente a lo largo de su vida a las sucesivas temporadas; permaneció ajeno, según confiesa en el "Discurso de los toreros" (Romero Murube, 1951: 132-143), a la crítica y la literatura taurinas, pero eso no quiere decir que careciera de experiencia como espectador y que la tauromaquia no le interesara como fenómeno cultural, en cuanto expresión del ser de Andalucía, y que pudiera revelar ciertos secretos de la psicología de Sevilla con una proyección universal. En el citado "Discurso", pronunciado en 1950 como homenaje a Manolo González, hace esta aclaración: «Yo, señores, nací a la afición taurina en el hito más sublime de la fiesta. *Gallo*, *Gallito* y *Belmonte*. Esto es una categoría. Los que vivimos y gozamos de esa trinidad de fenómenos, hoy, cuando oímos hablar de toreros, nos callamos ante muchas cosas, y le tenemos algo así como una lástima compasiva a los que se apasionan y discuten por lo que ocurre en estos tiempos de toros que no son toros» (*ibidem*: 137). El punto de partida de su afición era desde luego insuperable: la edad de oro del toreo. En esa mítica trinidad, como en todo mundo para el escritor bien

¹ Profesor de literatura de la Universidad de Sevilla. Fundación de Estudios Taurinos.

organizado, Rafael el *Gallo* representaba el elemento mágico que está más allá del tiempo y del espacio, que linda por una parte con la divinidad, y por otra con el caos tenebroso; *Joselito* era el dios sometido al orden y a la armonía, cuya gloria arrebató prematuramente la muerte; y Juan Belmonte era el hombre que junto a las fuerzas mágicas y a los dioses lograba su victoria contra la muerte. En los tres se concentraba el toreo moderno, y los tres eran exponentes de la compleja psicología sevillana. De ahí que le otorgara a Sevilla y a su plaza una superioridad única: «Cuando una ciudad ofrezca conjuntamente ante sus lidiadores tres magnitudes como Juan, *Joselito* y Rafael, entonces habrá otras catedrales del toreo» (*ibidem*: 137).

Otras figuras de la tauromaquia completan el recorrido de este “Discurso” en honor del nuevo héroe, Manolo González, en la línea de lo auténtico sevillano. Esa tradición de autenticidad estaba integrada por la dimensión gitana del capote de Curro Puya, la agilidad aérea del estilo sevillano de Manuel Jiménez Chicuelo, los duendes de Pepe Luis Vázquez y del seise Manolo Vázquez. Pero era Juan Belmonte, –insistía una vez más–, el que provocó la revolución artística y social del toreo, el que logró dominar y gobernar desde dentro del toro, el de la fusión del hombre con el animal en una unidad superior e irreplicable, aunque haya habido la versión nobilísima de un continuador excepcional como Manolete. El “Discurso de los toreros” más que un texto de literatura taurina es un alegato de la crisis del sevillanismo –la progresiva pérdida de las esencias sevillanas– vista desde la óptica de un aficionado a las Bellas Artes que consideraba al toreo como un museo en movimiento.

Pero no son estas las únicas páginas en las que Romero Murube se acercó y reflexionó sobre la tauromaquia. Amigo personal de Ignacio Sánchez Mejías, a éste dedicó, una evocación (Romero Murube 1943: 108-110) y un sentido poema a raíz de su muerte (*ibidem*, 1941: 150). También a Juan Belmonte destinó

otra elegía tras su trágica desaparición (*ibidem*, 1964: 143-145). Sobre *Joselito* dejó apuntes aquí y allá. Interesante es la contraposición que en la divagación "Córdoba otra vez" (*ibidem*, 1951: 24-27) hace entre el toreo de *Joselito* –facilidad y gracia– frente al de Manolete –arquitectónico y de silencios sobrecogedores–, que encarnan dos concepciones distintas del toreo que pueden



Fig. n.º 127.- Fotografía Joaquín Romero Murube.

elevarse a la categoría de simbólicas: las de Sevilla y Córdoba. Como distintas y contrapuestas eran las que dejó caer como colofón en el artículo "Los cielos que perdimos" del libro al que da título: «En el bar de todas las tardes, la gente grita y se apasiona con los toros. Para disimular nuestra murria interior, hemos

preguntado por el éxito en la Maestranza de esa giraldilla del valor y gracia torera que se llama Diego Puerta. Nos han contestado hablándonos de ese victorioso masacrador de las normas y los nervios que apodan El Cordobés» (*ibidem*, 1964: 223). Un testimonio más de cuantos metafóricos cielos iban perdiéndose en una Sevilla progresivamente alejada de su ideal.

DISCURSO DE LOS TOREROS

Señoras: Señores:

El único discurso que yo debía haber hecho en mi vida es el de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Llevo ya más de diez años incumpliendo aquella estatutaria obligación... En cambio, y no sé por qué gustosa y endiablada coincidencia, he hecho todos los discursos que no tenía obligación inexcusable de hacer. Y entre ellos, el que me dispongo a alinear en este instante.

No debo ocultar que me negué rotundamente ante la Comisión organizadora de este acto, y que expuse todas las razones lógicas que aconsejaban a que esto que yo estoy haciendo ahora, lo hiciese con más autoridad y adecuación cualquiera de los ilustres críticos y escritores sevillanos o madrileños que nos acompañan en este momento. Llegué a aducir la que yo estimaba razón de excusa suprema: no sé, no he hablado, no he dicho ni escrito nada relativo a la Fiesta Nacional... Y aquí fue precisamente donde me cogió el toro: porque la Comisión organizadora, dadas las especialísimas características de este homenaje, iba buscando precisamente a alguien totalmente ajeno a la crítica y a la literatura taurina. Y he aquí como por esta lamentable limitación de mis aficiones artísticas, estoy ahora mismo encumbrado al honor y al riesgo de definir la intención de este acto, y

de ofrecerlo al héroe sevillano de esta noche, Manolo González el gran torero.

Si leemos con atención la convocatoria de este acto, repararemos en una frase muy significativa. Allí dice textualmente que Manolo González «se ha hecho acreedor a este homenaje de Sevilla»...

De esta frase —y no vaya a pensar alguien que ya estoy dando un quiebro a la cuestión: no; a mi manera algo hablaremos luego de toreo—. De esta frase podemos deducir que aún hay algo que satisface plenamente a los sevillanos. Y buena prueba de ello es la heterogénea concurrencia que se congrega en este banquete a compartir el pan y la sal de la cariñosa aprobación en nombre de Sevilla y en honor de uno de sus héroes más destacados.

Acabamos de decir que aún hay algo que satisface plenamente a los sevillanos. Pensemos un poco en eso.

Si a mí me preguntasen actualmente cual es la actitud más definida del sevillano de nuestros días, yo no vacilaría en contestar: la de la angustia, la de la insatisfacción. ¿Angustia de qué? ¿Insatisfacción de qué? (El toro se está poniendo peligroso: midamos bien los terrenos). Angustia de algo inconcreto, difuso, casi inaprensivo, que nos lleva de pronto en nuestras meditaciones solitarias, o en esos diálogos con amigos del corazón, a preguntarnos casi con miedo: «Sevilla... ¿es todavía Sevilla?»

¡Sí! Sevilla es Sevilla y lo será siempre. No nos dejemos engañar de apariencias externas, rachas de grosería ambiente, zonas de adventicio ruralismo transeúnte, contingencias de unos años de dudas, indecisiones, equívocos y falsías. Todo esto pasa. Y si hiera, hiera sólo en la epidermis. Las esencias seculares, el espíritu de la ciudad, lo que de una manera inefable hace que aquí —en nuestra modestia, en nuestro especial provincianismo— nos sintamos mejor que en ninguna parte del mundo; lo que hace que en determinado minuto del día o de la noche, el sevillano que vive en Madrid o en cualquiera otra ciudad, se sienta como

extranjero en su patria porque no vive en aquel momento en Sevilla; lo que nos vincula a algo de lo que es casi imposible hablar, porque es un calor especial del alma, un modo de estar con los sentimientos, una especie de alegría honda que nos llena de felicidad en la soledad de una calle, o en el repliegue de un diálogo imprevisto; eso que todos sabemos lo que es y nadie sabe decir... Eso es una esencia invulnerable, un espíritu de gracia que Dios otorgó a este rincón de Andalucía, gracia que está muy por encima de la crisis de unos años y de las mutaciones obligadas de una ciudad que no está muerta, sino viva y bien viva. Nuestra angustia no es más que la afirmación de lo que es Sevilla. Nuestra angustia es un sentido de responsabilidad para que Sevilla siga siendo lo que siempre fue: la ciudad única e inigualable.

Este estado de insatisfacción angustiosa en que vive el sevillano actual nace de lo que pudiéramos llamar la crisis del sevillanismo. Ahora bien: esta crisis del sevillanismo, ¿está en la ciudad o está en nosotros?. Perdonad me que yo traiga tema tan peliagudo a este acto. Pero es que estimo que es el mejor sitio para hablar de ello. En Sevilla hay dos instituciones de perfecta crítica y sabiduría: primero, la Semana Santa; segundo, el toreo. Acogiéndome, pues, a lo que el toreo tiene de suprema academia sevillana, yo me encuentro más que autorizado para plantear aquí este tema obtuso y difícil al que hemos denominado con cierta exageración circunstancial la crisis del sevillanismo.

Correspondemos los que aquí nos encontramos a un grupo de generaciones que están montadas a caballo sobre un gran cambio de la ciudad. Conocimos aquella Sevilla antigua que tenía en todas sus calles una transparencia de patio y un perfume de sala de recibir con muebles de caoba. Era aquella Sevilla de Don Pedro Rodríguez de la Borbolla regida por el favor, por el desprendimiento, por la autoridad de una palabra de amigo, de un gesto de caballero, o por un guiño hecho con gracia y picar-

día retrecheras. Hoy vivimos en una ciudad que ha duplicado su población, y a quien la marcha de los acontecimientos la ha forzado a una burocracia que aquí, por la profundidad psicológica del sevillano, resulta más difícil y extemporánea que en ningún otro sitio. Aclaremos la vaguedad de la generalización con la vulgaridad de un ejemplo. Un guardia municipal de hace cuarenta años era un mal funcionario desde el punto de vista de la ley municipal; pero cabía perfectamente en algo más alto y trascendente, por ejemplo en una buena obra de los hermanos Álvarez Quintero. Un guardia municipal de hoy no cabe en ninguna parte más que junto al irritante silbato y al mecánico artefacto de señales luminosas. Pero por estas innovaciones y otras muchas análogas, ¿Sevilla va a dejar de ser lo que fue?

Una serie de circunstancias —algunas de ellas casi misteriosas— hace que Sevilla sea una de las ciudades que, de verdad, han crecido más en España en éstos últimos cincuenta años. Y estos nuevos sevillanos —no veinte ni quinientos, ¡200.000!— han formado una ciudad postiza que quiere tomar carta de naturaleza desde el primer día, confundiendo las esencias con los accidentes. Y de esta confusión lamentabilísima han surgido esos falsos sevillanos que van a caballo en la Feria y no saben montar a caballo; que en vez de escuchar un poco de cante a modo y a tiempo, dicen que van a un flamenco; los que piensan que Sevilla es aburrida porque creen que esto es un teatro, y esto es todo lo contrario, esto es templo y hogar; que beben vino sin saber beber vino, porque beber vino es hablar, distinguir y mover la cordialidad de los corazones sobre una profunda filosofía de la vida. Filosofía de la vida que, por otra parte, cuando alcanza su máxima expresión, su más perfecta dialéctica, sólo cuaja en una sonrisa, en una mirada, o en una frase llena de ángel y de contagiosa agilidad del espíritu. De ese falso sevillanismo surge la pesada azulejería en vez de la cal purísima, y las telarañas de hierro pseudo-forjado para corredores de pensiones y viviendas

que disimulan su falta de estilo amparados por un farolito al Gran Poder o a la Macarena; de ahí surgen los bromazos intolerables de El setenta y siete para que el finlandés o el currutaco que pasa dos horas aquí en la feria, se crea que ha estado en Sevilla etc., etc., etc.

Y ante toda esta mixtificación, ante este triunfo de las fáciles apariencias, de lo secundario por lo esencial, de la anécdota por la categoría como diría Don Eugenio d' Ors, o tomar el rábano por las hojas como hemos dicho siempre aquí, llegamos a creer que lo auténtico se ha ido y que ya no hay más que folklore, películas, niñatería y confusionismo. ¿Dónde está aquella Sevilla nítida, profundamente seria y profundamente alegre, señorial, transparente y armónica que conocimos en nuestra niñez?

No desconfiemos. En esta prisa y torpeza de los recién llegados ya hay, por lo menos, un buen deseo. La educación y la elegancia de espíritu no se adquieren en un día: surge de padres a hijos. Hay magisterios que sólo los otorga la experiencia. Yo tengo la certidumbre de que esta avalancha, de que este confusionismo actual irá poco a poco purificándose y entrando por los cauces de la castiza ortodoxia hispalense. Pueden mucho la luz, los imponderables y los días. La ciudad tiene sus pulsos secretos y seguros. ¿Qué significa este acto sino eso? Que cuando vemos algo —en este caso el toreo de Manolo González, es decir, un artista que triunfa, que es valiente, que no mira al tendido cuando da los pases, ni necesita anunciar sus orejas en la Plaza de Sevilla con disparos de cohetes— cuando vemos algo que está en la línea de lo auténtico sevillano, nos reunimos aquí, bebemos con alegría un vaso de vino y hablamos de nuestras cosas, y de Sevilla, como si habláramos de una madre o de una novia. Y con esto sólo, ya somos felices. Cuidado, a mí no me molesta que tiren cohetes y hagan consumo de pólvora en todos los lugares del mundo.

Pero en la Plaza de Sevilla no cabe más ruido que el de las ovaciones magistrales... o el repique de las campanas de esa torre única que parece querer asomarse a su redondel.

Esta es lisa y llanamente la intención de este homenaje. Y mi faena, al ofrecérselo a Manolo González, se podría ya dar por terminada. ¿Pero quién no se arredra estando ya en el ruedo al peligro de unos naturales? Quiero decir, que aunque salgamos trompicados, vamos a decir algo de toreo.

Yo, señores, nací a la afición taurina en el hito más sublime de la fiesta. *Gallo*, *Gallito* y Belmonte. Esto es una categoría. Los que vivimos y gozamos de esta trinidad de fenómenos, hoy, cuando oímos hablar de toreros, nos callamos ante muchas cosas, y le tenemos algo así como una lástima compasiva a los que se apasionan y discuten por lo que ocurre en estos tiempos de toros que no son toros.

Aficionados hay —y así está el cotarro de la afición— que miden la importancia de las plazas por el número de corridas que en ellas se celebran, o por el número de localidades que aquellas plazas ubican... Cuando una ciudad ofrezca conjuntamente ante sus lidiadores tres magnitudes como Juan, *Joselito* y Rafael, entonces habrá otras catedrales del toreo.

Mientras esto no ocurra, el Vaticano de la afición nacional será la plaza de la Real Maestranza de Sevilla. Sólo aquí se ha dado esta conjunción maravillosa.

Podemos decir en cierto modo que el toreo llegó hasta *Gallo*, *Gallito* y Belmonte. Y que el toreo comenzó en *Gallo*, *Gallito* y Belmonte.

¿Qué hubo en aquella edad de oro de la afición? Discriminemos un poco aquel conjunto de gloria. Hagamos algo de historia crítica artística ya que somos Comisario de Bellas Artes, y el toreo tiene mucho de museo en movimiento. (Y un inciso: ¿cuándo vamos a pedir que se declare monumento nacional la plaza de toros de la Maestranza? Lo merece por todos los

conceptos. Unido al homenaje de Manolo González sería el mejor recuerdo de esta noche).

Discriminemos los valores de la edad de oro. En la trinidad sublime de *Gallo*, *Gallito* y Belmonte existe como en todo mundo bien organizado, primero, un elemento mágico, incontrollable, superior al tiempo y al espacio, a la luz y a la razón, que por una parte linda con las divinidades máximas, y por otra con el caos tenebroso... Este elemento mágico es Rafael, el Divino calvo.

Vienen luego los dioses sometidos ya al orden y a la armonía. En ellos no hay defectos: tienen la fuerza, la juventud, la belleza, la sabiduría. Son dioses porque ya nacieron dioses. Y la gloria, para nuestra desgracia, los reclama demasiado pronto. Este fue *Joselito*.

Junto al elemento mágico, junto a los dioses, y para que el mundo sea mundo completo, faltan los hombres. Y aquí está Juan. Aquí está Juan Belmonte que si en lo físico no era casi persona, todas las tardes contendía victoriosamente con los gigantes y con los dioses.

En estas tres figuras excelsas se concentra la creación del mundo del toreo moderno. Las fuerzas mágicas y elementales, Rafael. Los dioses que están en el cielo, *Joselito*. Los hombres victoriosos de la muerte, Juan Belmonte.

¿Qué caminos tenía el arte de torear después de este relámpago deslumbrador, después de este ciclo fenoménico? Fijaos cómo en aquella época, a estos tres toreros se les llamaba todos los días fenómenos. Hoy, casi ha desaparecido esta apelación de la literatura taurina.

Del elemento mágico nacen los toreros que torear con sortilegio, es decir, con un misterio de raza aparte. Estos son los gitanos. El toreo gitano es el único que puede ser acompañado por la guitarra. Y la guitarra no es el instrumento de la fiesta nacional. La fiesta nacional tiene su himno propio —el pasodo-

ble—, como tiene que tener himno toda gran exposición, y exposición constante es el toreo. ¿Recordáis el pasodoble de Gallito? Uno cierra los ojos, lo tararea para el alma y en el fondo de nuestra nostalgia surge una Maestranza ideal, como si fuese una Maestranza del cielo, porque si en el cielo hay toros, la plaza tiene que ser como la de Sevilla, y los toreros gloriosos, sublimes y un poco tristes, como es en el fondo un poco el pasodoble de Gallito.

Los gitanos tienen del tiempo y del espacio, es decir, de las dos extensiones puras de la existencia, una medida aparte de los demás mortales. Y en el toreo, esto lo manifiestan maravillosamente. ¿Os acordáis de aquella lentitud infinita del capote de Curro Puya? Parecía que su media verónica iba impregnada en un óleo denso de nardos y aceitunas. Esto en cuanto al tiempo. El espacio lo suelen revolucionar los gitanos con la arbolera, con la larga, con esas peculiares improvisaciones en las que el capote sube de pronto y se convierte en pájaro, en salomónica columna que vuela, en palmera que busca el sol, en mágicos tirabuzones de colores que establecen una lejanía infinita —el grueso de una percalina— entre el toro y el artista.

Inmediatamente después del ciclo de la trinidad gloriosa surge un nuevo concepto en el arte del toreo. Y es, el llamado estilo sevillano. Cuidado: una cosa es la escuela sevillana, y otra cosa es el estilo sevillano. Este nace de una versión localista, de lo que en *Joselito* era infinita universalidad. Y el toreo sevillano surge principalmente con un artista de excepción que se llama Manuel Jiménez, Chicuelo. En él, el Sortilegio gitano se ha convertido en alegría; los macetados nardos, en fragancia de jazmines; la lentitud morosa, en agilidad aérea; el son de la seguidilla, en letra de sevillana de barrio.

A este estilo sevillano medido, alegre, sabio, lleno de colorido y perfume, quizás le faltase la profundidad del elemento mágico, el escalofrío de lo inexpresable. Y entonces se comple-

menta con el blanco misterio de los duendes... Señores: ¡ahora sí que está difícil el toro! ¿Cómo vamos a hablar de los duendes del toreo, es decir, de algo que no se ve con los ojos, si no que lo sentimos en la raíz de nuestras entrañas, en la alegría de nuestras venas? Porque Dios lo ha dispuesto así, los duendes nos llegaron del barrio de San Bernardo. Aquí está Pepe Luis Vázquez. Por ahí anda ese seise de la torería actual que se llama Manolo Vázquez. No quiero tardar un segundo más en decirlo. Soy vazquista. Y si mi pluma valiese algo, la cambiaría gustoso por lograr ese rayo de felicidad infinita y misteriosa que puede surgir en una milésima de segundo del capote, de la muleta, del modo de llamar a un toro, de la manera de estar en la plaza que tienen estos duendes infinitos y extraordinarios del barrio más clásico de la torería.

Los gigantes, los dioses y los hombres. Con los hombres llegan las revoluciones. La revolución artística —y revolución social— en el toreo, llega con Juan Belmonte. Al principio no nos dimos cuenta de que era una revolución: creímos que era sólo un terremoto. Pero aún se está moviendo la tierra.

¿Es Belmonte el origen de todo el toreo moderno? Yo no quiero usurpar críticamente lugares que no me corresponden; hablo sólo como aficionado a las Bellas Artes. Puede que muchas gentes no estén conforme conmigo. Pero ya que no otros méritos, mis palabras han de tener por lo menos la virtud de la sinceridad. Creo que se ha exagerado la trascendencia de la revolución belmontina. Belmonte —ya hemos dicho antes— fue, como torero, un hombre que tuvo que contender con dioses y gigantes. Y triunfó. Sin él no hubiera sido posible la trinidad sublime a que nos referíamos al principio. Pero en Belmonte hubo cosas, como en *Joselito*, como en Rafael, que no han vuelto al toreo desde que Belmonte se fue. Hasta quien llevaba su misma sangre y su misma figura se encontró en su carrera artística en un camino sin salida. Otros, hallaron la muerte, como Pascual Márquez. Es posible, dentro del belmontismo, la versión nobilí-

sima, respetable, excepcional y profunda de un Manolete. Pero hubo en el toreo de Juan un acorde que la gente ha olvidado —aquél que plasmó Benlliure en más de una ocasión—; el de la fusión constante del hombre con el toro, el del lidiador que busca, crece, se transfigura, domina y gobierna desde dentro del toro, creando un espectáculo de terrible y continuada embriaguez victoriosa, que ha desaparecido por completo de los ruedos actuales. Es posible que hoy se lidie en los terrenos que el valor de Juan incorporó al toreo. Pero la densidad plástica, impresionante hasta la angustia y triunfadora hasta el delirio, como lo hacía el trianero, eso no ha trascendido hasta nuestros días.

Dije que iba a hablar un poco de toreo y me parece que he hablado con demasía y como es lógico he dejado para el final a nuestro héroe de esta noche Manolo González.

Es uno de los toreros más completos que ha producido el estilo sevillano. Tiene de todos y no es ninguno de ellos. Su valor entronca netamente con el arrojo de los más valientes y no recuerda a ninguno. Su gracia con Chicuelo, y es otra cosa distinta; su duende no nos martiriza con crueldad porque más que duende es chispa alegre y luminosa que acaricia pero no quema. Manolo González ha sido el mejor torero de esta temporada. Y Sevilla con él, ha ganado una vez más la palma de la torería.

¿Dónde tiene este repajolero niño metida la gloria y el triunfo de tres años de toreo, de setenta y tantas corridas en esta sola temporada? Uno no sabe qué admirar más en él, si su valentía o su modestia. Porque Manolo González, este niño que tarde a tarde, toro a toro, tan chiquitillo como es y ha puesto verdaderas giraldas de arte y valor por todas las plazas de la ancha España, este niño, a más de su valor y de su arte, está dotado de las mejores gracias: la sencillez, la caridad. Hay algo en él de esencia suprema de Sevilla. Otros toreros podrán tener una leyenda de aventuras. Manolo González tiene antes que nada un corazón lleno de bondad.

Por quién supo mantener con valentía y arte extraordinarios el difícil y exigente prestigio de nuestra ciudad gloriosa, elevemos todos con alegría la copa de su merecidísimo triunfo.

Hoy, 28 de Diciembre 1950, día de los Santos Inocentes.

BIBLIOGRAFÍA

- Romero Murube, J. (1941) "En la muerte de un torero", *Canción del amante andaluz*, Barcelona, Luis Miracle.
- _____ (1943): "Ignacio Sánchez Mejías", *Sevilla en los labios*, 2ª edición aumentada, Barcelona, Luis Miracle.
- _____ (1951): *Memoriales y divagaciones*, Sevilla, Gráficas Tirvia.
- _____ (1964): "Elegía de la angustiosa soledad", *Los cielos que perdimos*, Sevilla, Gráficas sevillanas.



MUERTE

